



Charles Boyer en primer plano

LA popularidad de Charlot encarnaba perfectamente en aquellos años en que el humorismo tenía como siempre una medula amarga, y en que la sociedad tenía algo de ese ser *vagabundo*, ya destrozado y ya hambriento, que Charlot se complacía en representar. Es un momento ingenioso. La carcajada de Harold Lloyd brota bajo sus gafas grandes que lo hacen estudiante permanente que nunca acaba de conseguir su primer aprobado. Buster Keaton es el enigma de otra carcajada, con su clásica «seriedad de burro», con su nerviosismo de no saber hacer nada. Incluso el galán es todavía Maurice Chevalier, galán muy XIX con hongo, con cara larga y rebosante de una alegría demasiado ingenua o que ya nosotros recordamos demasiado falsa. Cuando llega el primer plano de Greta Garbo, el cine ha enfocado hacia campos más espirituales. Con Greta llega al films el espíritu de la carne. Y Greta se complace en coquetear con ese espíritu: espíritu de la carne que es ella y para siempre. Poco importa que una vez sea Cristina de Suecia o que otra se llame Margarita Gautier, Greta es ese espíritu desde sus primeras películas: aquellas de faldas largas y sombrero de casquete, cuando sus mejores fotos se recogieron en «Blanco y Negro», cuando faltaba mucho para que Greta amase a Napoleón desde su puesto de Condesa Polaca. Pero cuando Greta se llama María Walenska, Napoleón se llama Charles Boyer.

Es que Greta está por encima de la moda. En los años en que frivolidad elevó como favorito a Robert Taylor, éste fué el Armando de su romanza y de su enfermedad, ahora que el cinismo levanta a Charles Boyer con él va Greta a vivir su aventura.

Charles Boyer es el perfecto cínico. De Robert Taylor a él median muchas cosas. Es algo descuidado, lo que contrasta con aquella pulcritud del galán yanqui que se emborrachaba de etiqueta, y que sólo bebía «coñac». Boyer viste de oscuro y aparenta una seriedad que no tiene. Boyer es el enigma que no encierra nada, el cínico que chilla y casi ha perdido el corazón. Por eso gusta hoy: se le supone más experiencia, más popularmente, aunque más grosero, un «enteramiento» que le coloca por delante, en primer plano. No hay en él inconsciencia ni arrebatado juvenil. Sus pasiones llegan maduras y su primera indiferencia, clave de su inmediato conquistar, es sólo madurez y táctica. Ya ha seducido a Greta, que es algo difícil. Y ha seducido a esas legiones de niñas rubias que van al cine a dejarse seducir en un deseo de coquetería en que la oscuridad de la sala les permite sólo dar, sólo ser, una de las caras que Greta vive en la pantalla de esa vida suya de dar y no dar, ser y no ser.

Y Charles Boyer ha logrado así su encubramiento: sembrando cinismo en un campo tan propicio, en esta Europa de hoy que enciende velas a Dios y al Diablo, que adora la pobreza y el becerro, que prefiere en el amor el juego y que no sabe perder, porque son muchas partidas las que juega en cada mesa. Y una, quieran o no, la juegan con el galán cinematográfico de moda, hoy con éste que consideran peligroso, porque nuestros años son un diario coqueteo con el peligro.

AGAM.

Tres copias y un negativo

William Powell era con Mirna Loy la pareja que representaba la frivolidad más elegante, una frivolidad madura que jugaba a conservarse joven, siempre joven, y así se ha quedado atrás: una pareja simpática, aunque Mirna sirva para mecanógrafa y aunque William nos dé el parche con su aire de intelectual.

* * *

Laurence Oliver será para siempre el *Rebeco*. Nunca conseguirá perder ya ese aire de agobio que Rebeca proyecta con su sombra sobre él. Tendrá atractivo para todas las mujeres que soñaran ser ellas quienes puedan hacerle olvidar esa Rebeca inclinada que como un destino se entrecruzó en el camino de Jean Fontaine, la artista joven que un poco despeinada distanció una tarde a Danielle Darrieux que se quedó con frío y con la espalda al aire en el despacho de un jefe de policía francés.

Leslie Howard, a pesar de su *Intermezzo* con Ingrid Bergman, será siempre aquel Pimpinela jovial y humorista que tantos jaques daba al rey frigio de la Revolución francesa. No será su retiro la Costa Azul; el Canal de la Mancha será su salida diaria, mientras los franceses le buscan por todas partes, y él, guante en mano, salva marquesas y conquista marquesas. Será un inglés a carta cabal en tipo y en gestos: Ingrid Bergman será un destello de romanticismo, casi de romanticismo a lo Byron.

* * *

Cuando el mundo de Stan Laurel y Oliver Hardy cae en manos de los hermanos Marx, Jardiel Poncela ocupa el sillón de la carcajada que dejara un día Muñoz Seca. En el cine y en el teatro se va a viajar sin levantarse de la cama y cuando *Eloisa está debajo de un almenádro*, los Marx pasarán *un día en las carreras*. Se hablará de un arte, de una técnica y de una novedad (?)... Mientras, Heinz Rühman con otra gracia absurda querrá ser en lo alemán algo parecido. Y entonces al humor —un poco agriado, es cierto— se le dirá cosa seria. Un poco más y los pintores harán negra la nieve. Pero Picaso se quedará atrás siempre con las manos hinchadas y sin rehabilitación posible.

AGAM.

Nuevo revelado de una copia

Mi querido amigo: Permíteme que discrepe. Creo que Leslie Howard será, más bien que Pimpinela, Romeo; porque el Ashley de *Lo que el viento se llevó* no llegará, por ahora, a ser conocido del gran público. Y sobre todo, porque Leslie Howard es Hamlet; Romeo es Hamlet enamorado, y Ashley un Hamlet siglo XIX diciendo *To be or not be* en el Sur norteamericano entre una dulce Olivia de Havilland y una ardiente Vivian Leigh.

Mc. H.

Cumbres Borrascosas entre cine y novela

SI se me permite, me atrevo a recordar que un novelista no muy bueno, pero que vió varias novelas suyas en la pantalla, dijo que el cine más que teatro era novela. El resultado es que muchas novelas han ido al cine, como también fueron al teatro otras. Unas para bien, otras para mal; de todo ha habido.

Con *Cumbres Borrascosas* una novela más va a la pantalla y con estos agravantes o atenuantes, según los gustos: *Cumbres Borrascosas* fué una novela escrita en la época romántica, y que aparte de la época es romántica también ella por sí. Pero sobre todo tiene algo que es su mérito, su peligro y su defecto: el personaje principal de *Cumbres Borrascosas* es el paisaje y las pasiones. De un lado las pasiones, de otro el paisaje. Cuando nos sentamos en la butaca y se abre la escena helada de *Cumbres Borrascosas*, un huracán de pasiones, más fuerte que el de la nieve, nos arrastra y nos hace dar bandazos; luego por unos breves instantes, el paisaje nos recoge para que nuestras heridas cicatricen un poco y después vuelvan a abrirsenos cuando de nuevo vuelva a arrastarnos el huracán. El procedimiento es satánicamente refinado, de un refinamiento digno del Heathcliff de la novela, mucho más cínico y terrible que el «larmoyant» Laurence Olivier de la película.

También en la película —pero con un tono más rebajado que en la novela— las pasiones y el paisaje se reparten por partes igual el alma y las acciones de los protagonistas. Laurence Olivier-Heathcliff es cien por cien pasión en la película, que no tiene siquiera aquel bello final de paisaje wordsworthiano de la novela, ante las sepulturas cubiertas de flores, con una locura suave y melancólica brotada del recuerdo de aquella Merle Oberon-Catalina Earnshaw que introduce el paisaje en el alma; como ese remanso de paz que sigue el fragor de la tormenta; como a la tempestad del scherzo de la sexta sinfonía hizo seguir Beethoven aquellas impresiones de alegría al renacer la calma después de la tempestad, que cierran el allegretto.

De los demás personajes de la película, Earnshaw, padre de Catalina, es un paisaje que se extingue y cuya bella muerte se ha escamoteado en la película. Hindley, hermano de Catalina, es un borracho medio resentido —porque el resentido entero es el propio Heathcliff-Olivier—. Eduardo Lintton es, en cambio, puro paisaje; su falta es su falta de pasión; para su esposa, la ardiente e inquieta Catalina, resulta flemático, pero es el único que sabe amar de todos los personajes; de Heathcliff, no se sabe nunca hasta dónde llega el amor y dónde empieza el odio.

El cine nos ha quitado, además, la mitad justa de la novela; la segunda generación con las venganzas refinadísimas y casi inimaginables de Heathcliff; y al final, la bella historia de Harenton, a quien el resentimiento de Heathcliff deja convertido en una bestia virgen de educación, para que la dulce Cati Lintton roture esta tierra virgen y el paisaje arraige en su alma con el último idilio de la novela.

En resumen: Hubiéramos preferido una segunda parte, o estar tres horas en la butaca. Y nada más.

Mc. H.